



EL BARCO
DE VAPOR

Pablo Diablo y la canguro infernal

Francesca Simon

Ilustraciones
de Tony Ross

SERIE PABLO DIABLO



sm

www.

literaturasm
.com



*Para mis viejos amigos Caroline Elton
y Andrew Franklin, y mis nuevos amigos
Miriam, Jonathan y Michael.*

Primera edición: octubre de 2003

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz

Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Horrid Henry's and the Bogey Babysitter*

Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2002
por Orion Children's Books.

© del texto: Francesca Simon, 2002

© de las ilustraciones: Tony Ross, 2002

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

TEL.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE



1

El Halloween de Pablo Diablo, 7

2

Pablo Diablo y la canguro infernal, 27

3

Pablo Diablo y la emboscada, 53

4

Pablo Diablo viaja en coche, 73



I

.....

EL HALLOWEEN DE PABLO DIABLO

¡HALLOWEEN! ¡El más feliz de todos los días felices! Cuando llegaba, año tras año, Pablo no se lo podía creer: un día entero y verdadero dedicado a ponerse morado de golosinas y a gastar las bromas más terroríficas. Y lo mejor de todo es que la gente esperaba que uno gastara bromas terroríficas y se pusiera morado de golosinas. ¡Yupiiii!

Pablo Diablo estaba equipado y a punto. Tenía un rollo de papel higiénico. Tenía pistolas de agua. Tenía espuma de afeitar. ¡La de bromas que pensaba gastar aquella noche! El que no le diera en el acto un puñado de caramelos iba a enterarse de lo que era espuma. ¡Y pobre del insensato que le diera una man-

zana! Pablo Diablo sabía cómo tratar a ese lamentable tipo de mayores. Su traje de demonio rojo y negro ya estaba sobre la cama, listo y con sus complementos de máscara maligna, cuernos destellantes, tridente y cola tipo látigo. Asustaría a todo el mundo con semejante disfraz.

–Je, je, je –se rio Pablo Diablo, ensayando su risa diabólica.

–Pablo –dijo una vocecilla al otro lado de la puerta–, ven a ver mi nuevo disfraz.

–No –dijo Pablo.

–Pablo, porfaaaa –insistió su hermano pequeño, más conocido por Roberto, el niño perfecto.

–No –dijo Pablo–. Estoy ocupado.

–Lo que pasa es que tienes envidia porque mi disfraz es mejor que el tuyo –dijo Roberto.

–No tengo envidia.

–Sí que tienes.

Aunque, ahora que lo pensaba, ¿qué iría a ponerse Roberto? El año anterior había

copiado el disfraz de monstruo de Pablo y le había chafado completamente el Halloween a su hermano mayor. Mira que si ahora le había copiado el traje de diablo... No le extrañaría nada de un cochino copión como Roberto.

–Vale, puedes entrar, pero solo un segundo –dijo Pablo.

Un gran conejo rosa y saltarín entró dando botes en el cuarto de Pablo. Tenía orejitas blancas de conejo. Tenía rabito blanco de conejo. Y tenía lunares rosas por todo el resto del cuerpo. Pablo Diablo dio un gruñido.



Vaya birria de disfraz. Menos mal que no era él quien iba a ponérselo.

–¿A que es guay? –dijo Roberto, el niño perfecto.

–No –dijo Pablo–. Es horroroso.

–Lo dices solo para hacerme rabiar –dijo Roberto sin parar de dar saltos–. Estoy deseando que llegue la noche y empezar con el «trato o truco».

¡Horror! Pablo Diablo sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago. ¡De pronto cayó en la cuenta de que el «trato o truco» era algo que se esperaba que su hermano compartiera... con él! Y que él, Pablo Diablo, tendría que andar por ahí en compañía de un conejo con lunares rosas. Todos le verían. ¡Qué vergüenza! Renato el Mentecato se burlaría de él durante toda su vida. Marga Caralarga le llamaría conejín chiquitín. ¿Cómo iba a dar sustos a la gente con un conejo lleno de lunares rosas siguiéndole por todas partes? Estaba perdido. Su nombre sería el hazmerreír universal.



–No puedes ponerte eso –dijo Pablo.

–Sí que puedo –dijo Roberto.

–No te dejaré –dijo Pablo.

Roberto, el niño perfecto, le miró.

–Lo que pasa es que tienes envidia.

¡Grrrr! Pablo Diablo estaba a punto de arrancarle a Roberto su ridículo disfraz de un tirón, pero se le ocurrió una idea.

Iba a ser doloroso.

Iba a ser humillante.

Pero cualquier cosa antes que soportar a Roberto, cubierto de lunares rosas, dando brincos a su alrededor.

–¿Sabes lo que te digo? –dijo Pablo–. Pues que soy tan bueno que voy a dejarte usar

mi disfraz de monstruo. Siempre has querido ponértelo.

–¡NO! –cortó Roberto–. Quiero ser un conejo.

–Pero en Halloween se supone que tienes que asustar –dijo Pablo.

–Asustaré –dijo Roberto–. Pienso saltar sobre la gente gritando buuu.

«A grandes males, grandes remedios», se dijo Pablo Diablo.

–Puedo conseguir que asustes de verdad –ofreció.

–¿Cómo? –dijo Roberto.

–Siéntate y lo verás –Pablo dio una palmadita en su silla de trabajo.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Roberto con desconfianza, dando un paso hacia atrás.

–Nada –dijo Pablo–. Tan solo intento ayudarte.

Roberto, el niño perfecto, no se movió.

–¿Y cómo podría asustar de verdad? –preguntó cauteloso.

–Puedo hacerte un corte de pelo aterrador –dijo Pablo.

Roberto, el niño perfecto, se llevó las manos a la cabeza cubierta de bucles.

–Es que a mí me gusta mi pelo –dijo débilmente.

–Estamos en Halloween –dijo Pablo–. ¿Quieres asustar? ¿Sí o no?

–Mmmm, mmmm, pueees... –murmuró Roberto mientras Pablo le sentaba de un empujón en la silla y sacaba las tijeras–. No cortes demasiado –dijo apenado.

–No te preocupes –dijo Pablo Diablo–. Siéntate bien y relájate.

Pablo Diablo hizo sonar las tijeras.

¡Tris tras! ¡Tris tras! ¡Tris tras!

«Magnífico», se dijo, contemplando con orgullo su obra. Quizá debería ser peluquero cuando fuera mayor. ¡Sí señor! Podía imaginárselo ya: miles de clientes haciendo colas de kilómetros y kilómetros para someterse

a los espeluznantes cortes de Monsieur Paul. Lástima que su genio se desperdiciara con alguien tan repelente como Roberto. Y aun así...

–Has quedado estupendo –dijo Pablo–. De verdad que impresiona. El Conejito Atómico. Echa un vistazo.

Roberto fue hacia el espejo y se miró.

–¡UUAAAAAAAAAAAAHHHHH!

–Te has asustado a ti mismo, ¿a que sí? –dijo Pablo–. Es fantástico.

–¡UUAAAAAAAAAAAAHHHHH! –aulló Roberto.

Su madre entró corriendo en el cuarto.

–¡UUAAAAAAAAAAAAHHHHH! –aulló su madre.

–¡UUAAAAAAAAAAAAHHHHH! –aulló Roberto.

–¡Pablo! –chilló su madre–. ¿Qué has hecho? ¡Eres un niño espantoso, un niño horrible!

Lo que quedaba del pelo de Roberto era un confuso conjunto de mechones tras-



quilados y desperdigados sobre su cuero cabelludo. En uno de los lados se podía observar una gran calva.

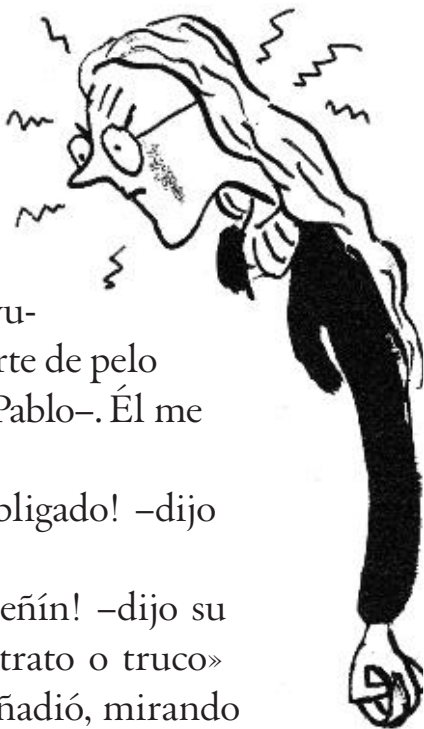
–Solo le estaba ayudando a tener un corte de pelo aterrador –protestó Pablo–. Él me ha dejado.

–¡Pablo me ha obligado! –dijo Roberto.

–¡Mi pobre pequeñín! –dijo su madre–. ¡Nada de «trato o truco» para ti este año! –añadió, mirando fijamente a Pablo–. Tú te quedas en casa.

Pablo Diablo no daba crédito a sus oídos. Aquello era lo peor que le había ocurrido en toda su vida.

–¡NO! –aulló. Y todo por culpa de Roberto–. ¡Te odio, Roberto! –chilló. Y atacó. Se había convertido en la terrible Medusa



estrangulando a su víctima con su cabellera de serpientes.

–¡Aaaaaajjjjjj! –graznó medio asfixiado Roberto.

–¡Pablo! –gritó su madre–. ¡Vete a tu cuarto!

Roberto y su madre salieron de casa para empezar la ronda del «trato o truco». Pablo había gritado, llorado e implorado. Hasta se había puesto su disfraz de demonio. Quizá así sus lágrimas ablandarían aquellos corazones de piedra. Pero no. Sus miserables y rencorosos padres no cambiaron de opinión.

Muy bien, pues se arrepentirían.

Se arrepentirían todos.

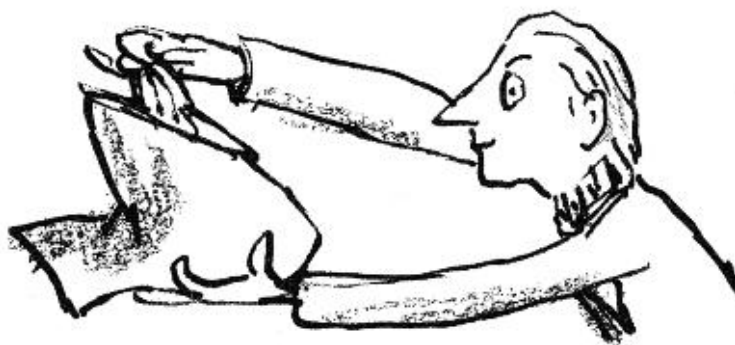
Su padre entró en el cuarto de estar con una gran bolsa.

–Pablo, tengo que terminar un trabajo, así que tú vas a ser quien se encar-



gue de repartir cosas ricas a los del «trato o truco» que aparezcan.

Pablo Diablo dejó de planear su venganza. ¿Se habría vuelto loco su padre? ¿Repartir golosinas? ¿Qué clase de castigo era aquel? Pablo tuvo que hacer un esfuerzo para que en su cara no apareciera una gran sonrisa.



–Aquí tienes. Cosas de Halloween –dijo su padre entregándole la pesada bolsa–. Pero, recuérdalo bien –añadió con gesto serio–, son para que las repartas, no son para ti.

«Ya ya», pensó Pablo.

–Vale, papá –dijo con toda la mansedumbre de que fue capaz.

Su padre volvió a la cocina. ¡Aquella era su oportunidad! Pablo Diablo se abalanzó sobre la bolsa. ¡Qué bárbaro, qué llena estaba! Sacaría todos los caramelos, volvería a meter los asquerosos con sabor a lima o menta y tendría los suficientes para aguantar una semana por lo menos...

Pablo abrió la bolsa de golpe. Ante sus ojos se desplegó un espectáculo deprimente. La bolsa estaba llena de mandarinas. Y de manzanas. Y de nueces con cáscara. Ahora entendía por qué sus padres habían puesto aquella bolsa en sus manos.

¡Tin tan!

Pablo Diablo arrastró lentamente sus pesados huesos hasta la puerta de la casa. Allí, junto a la entrada, yacía inútil, abandonada y vacía, su propia bolsa de Halloween. Pablo le dio una patada y luego abrió la puerta y dirigió una ceñuda mirada al exterior.

—¿Qué quieres? —dijo furioso Pablo Diablo.

—¿Trato o truco? —susurró Guillermo el Muermo. Iba vestido de pirata.

Pablo Diablo
le ofreció su bolsa
de los horrores.

—¡Te ha tocado
la de la suerte!
—anunció—. ¡Si cierras
los ojos sacarás
la supersorpresa!

Y era cierto:
Guillermo se quedaría
supersorprendido
cuando viera
el regalo tan cutre que iba a tener.

Guillermo el Muermo dejó a un lado la bolsa en que guardaba su botín, cerró los ojos con fuerza y hundió ambas manos en la bolsa de la suerte que le tendía Pablo. Escarbó y hurgó en ella con la esperanza de encontrar algo mejor que las mandarinas.

Pablo Diablo miró la bolsa atiborrada de Guillermo el Muermo.

«Ábreme, ábreme», le decía la bolsa. «Ni se va a enterar».

